

# Estío

*Once relatos de ficción climática*

María Bonete • Eva Cid • Aixa de la Cruz  
Layla Martínez • Merche Montero  
Cristina Morales • Alejandro Morellón  
Aroa Moreno Durán • Richard Parra  
Carlos Pérez • Francisco Serrano

Epílogo de Yayo Herrero



*colección* VEREDAS

*Estío. Once relatos de ficción climática*  
Primera edición: septiembre de 2018

Edición: Antonio Castaño Tierno y Clara Morales  
Diseño de colección: Juan García  
Ilustración de cubierta: Adara Sánchez Anguiano

© de sus respectivos relatos, María Bonete, Eva Cid, Aixa de la Cruz, Layla Martínez, Merche Montero, Cristina Morales, Alejandro Morellón, Aroa Moreno Durán, Richard Parra, Carlos Pérez y Francisco Serrano, 2018  
© de la ilustración de cubierta, Adara Sánchez Anguiano, 2018

El relato *Inundación*, de Francisco Serrano, se reproduce gracias a la amable autorización de Prosa Inmortal

Este libro está editado bajo licencia  
Creative Commons 4.0 CC-BY-SA-NC



Episkaia  
Plaza Luca de Tena, 5, 3B  
28045 Madrid  
episkaia.org  
episkaia@gmail.com

ISBN: 978-84-949223-0-5

Impresión: Estugraf  
Impreso en España / Printed in Spain

Este libro está impreso sobre papel Cyclus 100% reciclado,  
libre de cloro y con certificación FSC y Ecolabel





## Nota a la edición

La ciencia ficción tiene más que ver con el presente, con los sueños y las pesadillas de quienes lo habitan, que con los futuros más o menos improbables que dibuja. En un mundo que ve cómo las estaciones se alteran, los pájaros cambian sus migraciones y los incendios y las tormentas destructivas se multiplican, no es extraño que la llamada ficción climática ocupe cada vez más espacio en las librerías y en los medios de comunicación. Este subgénero popularizado en torno a 2012 a partir del término en inglés, *climate fiction* o *clifi*, agrupa a aquellas obras cuya trama está marcada por los efectos del cambio climático. *Estío* recoge un puñado de relatos tocados por la certeza de que el tiempo está cambiando.

Entender qué consecuencias tiene y tendrá en nuestras vidas el cambio climático no es fácil: pese al altísimo consenso científico en torno a ellos, los datos que lo explican pueden resultar inaccesibles para cualquier lego. ¿Qué implica que la temperatura global aumente en un grado, en dos o en tres? ¿Qué supone que el nivel del mar suba tres milímetros al año? La ficción climática asume la tarea de imaginar lo inimaginable, y al hacerlo vuelve

tangible una amenaza percibida hasta ahora como lejana, cuando no inexistente. Si la ciencia ficción ensancha los límites de lo posible, la *clifi* subraya que lo imposible ya está sucediendo.

Los cuentos que recoge *Estío* no imaginan un futuro luminoso. Pero tampoco se abandonan a la espera morbosa del apocalipsis. «¿Por qué, si estamos vivos, aceptamos un escenario *post mortem*?», se pregunta la filósofa Marina Garcés en el libro colectivo *El gran retroceso*<sup>1</sup>. Estos relatos nos recuerdan también que estamos vivos, que el fin del mundo no es un escenario aceptable. Que aún tenemos tiempo.

1 Varios autores, *El gran retroceso*, Seix Barral, Barcelona, 2017.

# Lunes

María Bonete Escoto





La oficina está en el local del antiguo punto de información turística del pueblo, en la primera planta de un edificio que iba para brutalista y se quedó a mitad de camino. Lleva menos de dos años abierta, pero aquello ya era viejo entonces, el hormigón roído y oxidado. La humedad, el paso del tiempo, la falta de cuidado se han aliado para convertir el lugar en el hogar de todas las corrientes de aire. El horario es de nueve de la mañana a dos de la tarde, de lunes a viernes; el ayuntamiento lleva esos mismos dos años buscando a alguien que abra por las tardes, pero aún no han encontrado ningún voluntario. La misma persona está todas las mañanas, sola, hora tras hora sentada detrás del ordenador anticuado. Cuando necesita ir al baño ha de cerrar con llave la puerta de la entrada, lo mismo cuando se toma a media mañana los veinte minutos de descanso que le corresponden por ley. No hay nada de valor en la oficina, pero una vez forzaron la cerradura y se llevaron el monitor. La funcionaria que ocupa el puesto tiene una sospecha fundada sobre quién fue y, a veces, se plantea acercarse a su casa, darle las gracias, invitarle a que se lleve también la torre. La pantalla en cuestión era un cacharro

pesadísimo, antediluviano, y la que tiene ahora funciona bastante mejor. Tan cerca de la playa, sin embargo, todo dura menos de lo que debería. La culpa es de la humedad, claro; pero también del hotel. Solo se ven los últimos cinco pisos; el resto, hundido entre la arena y las olas que, poco a poco, están recuperando el terreno perdido. Cada día se comen unos centímetros más, y pronto llegarán también al paseo, a las casas que se construyeron en primera línea de playa hace ya más de cuarenta años, cuando eso todavía era legal.

Es una mañana de lunes, invernal, gris y ventosa, la tormenta una más de la procesión que lleva golpeando la costa desde hace semanas. Todo está cerrado mientras Bea camina en dirección a la oficina, el café del desayuno aún dando tumbos en su estómago. Observa con nerviosismo la semana que empieza; lo que en un momento pensó que sería trabajo administrativo común y corriente no es tal. Lleva varios meses en el puesto, haciendo lo que creyó que sería una sustitución. Sin embargo, la persona que estaba antes, y que al parecer lleva semanas y semanas de baja por depresión, ha renunciado a su plaza. Bea está empezando a entender por qué.

La oficina está demasiado cerca de la playa, en lo que antes era una calle bulliciosa, abarrotada de gente durante los días de verano, llena de persianas cerradas en invierno. Algunas de las heladerías llevan años sin abrir, desde que pasó lo del hotel y acabó con el turismo; las otras tiendas lo siguen intentando, año tras año, esperando con patética paciencia a que vuelvan las vacas gordas. Bea no sabe si hay motivos para la esperanza, pero cuando camina por esa calle flanqueada de persianas metálicas oxidadas, el

cielo gris y las farolas aún encendidas, siente cómo se le seca el ánimo, día tras día, mes a mes. Como muchos de su generación, nació allí, estudió fuera, y ahora ha vuelto al pueblo, una oposición y tres idiomas bajo el brazo. No es lo que querría haber hecho con su vida, pero aguanta. Intenta centrarse en el presente, con mayor o menor éxito, según le pille el día; no son ni las nueve de la mañana, pero ya sabe que ese va a ser uno de los malos.

Llega a las ocho y media a la oficina, y abre y cierra de nuevo la puerta con llave sin llegar a encender la luz. Como el fuego a las polillas, atrae a la gente, da igual la hora que sea. Quita la alarma, enciende el ordenador y, mientras este arranca, enchufa y enciende también el calefactor. La recepción es muy, muy pequeña: entre el mostrador que la divide en dos y la puerta de la calle hay apenas un metro y medio de distancia. En la parte de atrás hay un cuarto de baño minúsculo, con el espejo ennegrecido, que siempre huele a sótano, húmedo y mohoso. Bea saca el agua y el móvil y luego guarda su bolso en el cajón bajo el mostrador, bajo llave. Después se quita el abrigo y, temblando, pasa un segundo al aseo, con cuidado de no mirar en dirección al espejo. La luz blanca no es muy favorecedora tan de buena mañana.

Cuando sale, las manos heladas del agua del lavabo, ya hay alguien esperando en la puerta. Bea mira el reloj que cuelga de la pared: son las nueve menos cuarto. Tras apagar la luz del baño, a su espalda, se sienta frente al ordenador. Aún no se ha encendido del todo, y el azul brillante del sistema operativo le hace daño en los ojos. A través del cristal sucio de los escaparates de la oficina, Bea distingue la silueta del desconocido; empieza a llover y quien quiera

que sea se pega a la puerta. Ella siente un aguijonazo de culpabilidad, pero no lo bastante fuerte como para obligarla a moverse. Desvía la mirada, y dedica los diez minutos que aún le quedan a mirar Facebook en el móvil.

A las nueve menos cinco se levanta al fin. Enciende las luces del techo y gira la llave de la puerta. Ya ha amanecido, pero el sol está oculto tras las nubes de tormenta, y todo está envuelto en una penumbra gris. Se escucha el silbido del viento, el repiquetear de la lluvia y, por debajo, el tronar de las olas contra el hotel.

La primera persona de la mañana es un anciano. Bea le sonrío, ya en piloto automático, y le da los buenos días. Lleva un chubasquero azul marino descolorido, la cremallera subida hasta el cuello, y los vaqueros que sobresalen por la parte de abajo muestran un par de manchas de aspecto sospechoso. Sus ojos acuosos están muy abiertos, la cara desencajada, y en un principio se queda parado en el interior de la oficina, desorientado, observando cómo Bea recupera su lugar al otro lado del mostrador. Luego se acerca, en un par de pasos ruidosos, arrastrados. Con un sobresalto que sabe que no aparece en su cara, Bea cae en que le conoce. Pasa las tardes pescando en el espigón de la playa, en el lado más cercano al puerto, haga el tiempo que haga. Está prohibido desde que pasó lo del hotel, pero ni él ni la mayoría de pescadores hacen caso a los avisos de la policía. El ayuntamiento ya ni se molesta en poner multas.

Bea se pregunta qué se habrán encontrado esta vez.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle en algo? —repite, su voz demasiado alta en el silencio de la mañana. El hombre carraspea, se mete las manos en los bolsillos del chubasquero.